

Comunidad Salesiana

Parroquia
San Antonio Abad
Valencia

Sacerdote

**Don Juan Cancio
Korbas
Janeczowskiak**



Queridísimos hermanos:

La Comunidad Salesiana de la Parroquia de San Antonio Abad os invita a uniros en su recuerdo cordial y en su oración por el eterno descanso del Sacerdote, DON JUAN CANCIO KORBAS JANECKOWIAK que falleció el pasado día 7 de marzo, a los 82 años de edad, 62 de profesión religiosa y 54 de sacerdocio.

Aquejado tiempo atrás de implacable enfermedad, fue sometido a una dura operación de estómago, hace algo más de un año. La pericia del médico operador, Catedrático Dr. Carbonell y los exquisitos cuidados tenidos en la Clínica Nuestra Señora de la Esperanza, le permitieron volver a casa a los dos meses de la operación, detenido de momento el mal, aunque no plenamente recuperado. Así comentaba él en una familiar carta su regreso:

«Al principio de marzo (1975) me dieron de alta, sin estar completamente restablecido. Ahora estoy de nuevo con mis hermanos de comunidad y paso el tiempo parte en la cama, parte en el sillón. Me encuentro completamente debilitado y no puedo ni andar ni estar de pie. Ignoro cuánto tiempo durará esto...».

Durante un año ha resistido el veterano y esforzado salesiano. Ha sido un año en que ha demostrado una resignación y serenidad cristiana a toda prueba.

Un año también en el que la comunidad ha dado muestras de amor y delicadeza por el enfermo. Podemos decir que ha estado en todo momento presente en el corazón, en el recuerdo y atenciones de los hermanos que han ido relevándose en una asistencia fraterna junto al querido enfermo.

Su delicado estado fue empeorando, a partir del pasado otoño. Por esa época escribía a los suyos: «*De mí, nada nuevo. Estoy inútil para todos los efectos*». Y poco más tarde: «*Tengo casi ochenta y dos años. De ahí vienen tantas molestias. Tengo pocas esperanzas de recuperarme. ¡Sea lo que Dios quiera!*».

Aceptación sincera, cordial de la voluntad del Señor que exteriorizó en repetidas ocasiones.

Con frecuencia recibió la Eucaristía en su larga enfermedad participando ejemplarmente cuando podíamos celebrar la Santa Misa en su propia habitación. El 21 de febrero recibía ante la comunidad reunida junto a su lecho el Viático con plena lucidez y conciencia.

Pocos días después entraba en estado de coma. Y en la tarde del primer domingo de Cuaresma, 7 de marzo, mientras los salesianos acudíamos con el Padre Inspector a hacerle la recomendación del alma, descansaba en el Señor.

En la serenidad de una tarde casi primaveral, tuvimos el funeral que resultó una sentida manifestación de dolor y esperanza cristianas. La comunidad inspectorial quedó ampliamente representada, teniendo una concelebración numerosísima. A nuestro lado, maestros seglares íntimos colaboradores de Don Juan Cancio a quien han apreciado de veras, teniéndole como un padre. Presentes también alumnos actuales del Colegio, una nutrida representación de antiguos alumnos que acudieron a dar el último adiós al «Maestro». Distintos grupos y movimientos de la Parroquia se hallaban igualmente presentes. Todos nos sentimos unidos en el mismo afecto por el salesiano bueno y trabajador que había quemado su vida en aras de una entrega sin reservas a su vocación sacerdotal y religiosa.

El Padre Inspector en la homilía pudo afirmar: «Si el Señor tiene en cuenta un vaso de agua fresca dado por su amor, también le tendrá por la entrega de tiempo, de cualidades y de toda su persona por la educación de tantos muchachos que a su lado hallaron ocasión de formarse como quería Don Bosco, buenos cristianos y honrados ciudadanos.

Sentimos el deber de manifestar nuestra gratitud sincera a cuantos con atención han cuidado y vivido el proceso de la enfermedad de nuestro Don Juan Cancio. Entre ellos no podemos olvidar al Dr. Don Domingo Sorní que durante tantos años cuidó de su salud, el Dr. Don José Fornes siempre atento a cualquier llamada, al Dr. Segura, a las religiosas de Nuestra Señora de Loreto; reconocimiento a los jóvenes salesianos que el curso pasado compartieron con nosotros largas horas de amorosa vigilancia y atención. También a Doña Florita Barbosa que dedicó su trabajo y cariño en los últimos cinco meses de enfermedad.

La vida de Don Juan Cancio fue larga en duración y rica en acción. El mismo en los últimos meses de su vida gustaba considerarla dividida en dos esferas, comprendiendo la primera hasta su venida a España, para ocupar la segunda todo el largo y fecundo período transcurrido entre nosotros desde febrero de 1940.

— Nacido en Dakovy Suche (Polonia) de padres profundamente cristianos el 15 de octubre de 1893, vivió en un ambiente propicio para el cultivo de las virtudes humanas y cristianas en espléndida conjunción y equilibrio, que mantendría durante su existencia.

El recuerdo que mantuvo de los suyos, padres, hermanos, sobrinos, fue siempre tierno.

A los 17 años, allá por el año 1910, entra en el Aspirantado de Penango que albergaba por aquel entonces a jóvenes de habla alemana. Allí el recuerdo de Don Bosco se conservaba vivo. Se complacía en destacar que, viviendo en el Piamonte, hasta pudo aprender muchos vocablos piamonteses que empleaba el mismo Don

mantener actualizada, y su elocuencia le permitieron ejercer con amplitud el servicio de la palabra con nuestros feligreses. Aún permanece vivo el recuerdo de sus homilías presentadas durante largos años siempre con competencia, actualidad y unción.

Empresa harto difícil es reflejar algunas de las facetas de su rica personalidad. Pienso que será de provecho y digno de llevar a cabo el analizar despacio y con mayor atención distintos aspectos de su polifacética figura.

Entre tanto deseo destacar algunas características.

a) Estuvo dotado de gran sensibilidad por los valores humanos. Ofreció sincera amistad a los que vivían con él, amistad que con fidelidad supo mantener. Así lo manifiesta la serie de amigos que han conservado la relación con él, a pesar del tiempo y de la lejanía. Entre ellos el club formado por unos compañeros de infancia que han mantenido su amistad hasta la muerte; esa amistad la sabía mostrar en un sinfín de detalles. Entresacamos algunos pensamientos de su correspondencia en los últimos meses: «A finales de año murió en Horst C. L. Aún quedan en vida de dos camaradas de nuestro club para orar junto a la tumba de nuestro inolvidable amigo. Este es mi deseo: Que tengas la fuerza necesaria para soportar esta prueba que Dios te envía (de la carta a la esposa de C. L.). (10-IV-1975). «Cuando tengas oportunidad haz una visita a la tumba de C. L. y deposita sobre ella algunas flores en señal de nuestro recuerdo. Por mi parte le recuerdo en la oración y en la Santa Misa». (Carta del 10-V-1975).

Dotado de amplia cultura y carácter sereno, actuó con equilibrio, regularidad y coherencia. En su trabajo sabía unir la exigencia con la amabilidad, la dureza del deber con la dulzura. Con facilidad sabía pasar de ratos de broma y camaradería con los chicos a tiempos de trabajo y disciplina.

Sentía auténtica vocación por su labor de educador. En él se cumplía aquello de que enseñaba más por lo que era que por lo que decía.

b) Cultivó su vida cristiana y de consagrado:

El Señor a quien se entregó con generosidad estaba presente en su vida, motivando y dando sentido a su actividad. Quedó reflejado de forma palmaria en su larga enfermedad, que supo ofrecer frecuentemente y hasta agradecer al buen Dios, como en algunos momentos me manifestaba.

Con El se comunicaba a través de una piedad confiada y filial; se le podía ver con frecuencia pasar largos ratos ante el sagrario. Aún le recuerdo haciendo a sus 75 años unos ejercicios espirituales en nuestra casa de Villena. Los hizo personalmente, dejando edificada a la comunidad por la forma de entregarse al trabajo propio de unos ejercicios.

Como consagrado al Señor en la vida religiosa, vivió coherentemente esta consagración; cabe destacar su sentido de obediencia y la aceptación del superior. En largos coloquios mantenidos con él en diversas épocas nunca le pude sorprender con una palabra de crítica o desaprobación. Me tenía comentado que él siempre hablaba bien de su Superior.

Relacionado con tantas personas, su mejor afecto, su entrega más fiel la manifestó con los hermanos de la propia comunidad; se interesaba por ellos, los apreciaba de verdad. En ocasiones íntimas, en veladas de sobremesa, le gustaba intervenir para alegrar a los hermanos con su jovialidad, con sus cantos, con sus oportunas intervenciones.

Religioso fiel, amó su vocación salesiana. Conocía a Don Bosco. Seguía de cerca todos los documentos emanados del Consejo Superior. Procuró una actuación del

«Hemos conocido a Don Juan Cancio Korbas arrinconando en el baul del olvido sus altos títulos académicos obtenidos en Roma, y entregándose con entusiasmo y constancia a la formación de tantos muchachos sencillos de Valencia y pueblos vecinos, y haciéndose como ellos para hacerlos hombres y cristianos.

Yo diría que por las circunstancias de su vida, que él aceptó decididamente, se hizo todavía más pequeño al venir a España; a ella le profesó verdadero cariño y a ella consideró como nueva Patria; pero en ella vivió también la necesidad de adaptarse a tantas cosas, adaptarse a costumbres, ideología, aprender su lengua, empezando de la nada como un niño».

Esta sección de externos, en el Colegio, funcionaba con cierta autonomía, dado el complejo engranaje de la casa. Siendo consejero escolástico, como venía a llamarse el encargado de estudios y de disciplina, desempeñaba funciones de director, eso sí, siempre en avenencia con el superior, en quien siempre vio la encarnación de Don Bosco. En las tradicionales fiestas de la gratitud, en su obligada intervención de felicitación al frente de la sección, hacía gala de sus sentimientos filiales, al mismo tiempo que de su erudición.

Con su entrega generosa, por su competencia y exacta regularidad, imprimió gran eficacia y seriedad al trabajo entre los chicos. Siempre en su sitio, era la pieza clave de la actividad desarrollada en la sección.

Siempre se pudo contar en esta sección con la colaboración de Maestros externos. Para ellos fue un compañero; aún más, un padre. Les ofreció su amistad y cultivó cuantas ocasiones se le ofrecían para fomentar la unión y un auténtico espíritu de familia, clave de la pedagogía salesiana.

Se celebraba la fiesta onomástica de cada profesor; no faltaban las excursiones preparadas con todo el cariño. Las fiestas tradicionales salesianas se atendían con la colaboración de todos los profesores, salesianos y seglares...

Estos Maestros se han sentido en todo momento vinculados a Don Juan Cancio y solidarios con la obra educativa del Colegio, actuando como salesianos, formados por el «Maestro» cumpliendo su misión con una impronta pastoral muy destacada. Estos Maestros han sentido de verdad la marcha del buen amigo a la casa del Padre.

Tuve la fortuna de vivir mis primeros años de sacerdocio en este ambiente, al lado de nuestro incomparable Don Juan Cancio. Fue sin duda un período, cinco años, rico de experiencia y vida salesiana, grabado profundamente por el buen hacer del salesiano competente, ejemplar, amigo...

De este clima han salido antiguos alumnos preparados convenientemente para desempeñar un trabajo digno, antiguos alumnos que han permanecido fieles a la educación recibida.

Cuando en 1965, precisamente porque la sección de externos había llegado a una madurez y eficacia, se dividió la casa en dos comunidades autónomas, Don Juan Korbas se quedó como Prefecto Administrador de la sección.

El peso de los años fue mermando su fuerte fibra, teniendo que recortar su actividad y entrega. Pero la preocupación de trabajo la conservó prácticamente hasta que aquejado por incurable enfermedad, tuvo que renunciar a toda actividad.

De su acción en esta casa también cabe destacar su colaboración en la vida parroquial. Siempre estuvo pronto para colaborar. Su preparación teológica que supo

Bosco. De aquel tiempo recordaba gratamente como compañeros a Theo Seabach, Oscar Egger y J. Bies.

Dos años permanece en Penango, hasta que este Aspirantado se traslada a Wernsee, población eslovana. En esta localidad puede estudiar el bachillerato austriaco. Últimamente se complacía en recordar el examen de estado tenido en Marburgo, al final de este período.

En 1913 comienza el noviciado que termina el 8 de septiembre de 1914 con la profesión religiosa estando presentes Don Tirone y Don Binelli. Tras los estudios de filosofía en los azarosos años de la guerra europea, el 8 de septiembre de 1917 hace su definitiva consagración al Señor en la vida religiosa con la profesión de votos perpetuos.

Acabada la guerra europea, es destinado a la incipiente obra salesiana de Unter-Waltersdorf, donde trabaja con todo su ardor juvenil, hasta que es destinado a Roma en 1919, para cursar la Sagrada Teología en la Universidad Gregoriana, siendo ordenado sacerdote en agosto de 1922. Aún prolonga un año más sus estudios para conseguir el grado de doctor en teología moral.

Es destinado el joven doctor a Fulpmes en calidad de profesor con los aspirantes de vocación tardía. Pasa, tras un año de trabajo entre estos aspirantes, a Viena, en 1924, al «Hogar de los Muchachos», atendiendo a clases y al esparcimiento y salidas de los jóvenes.

En 1926 se encuentra en Helenenberg como ecónomo, permaneciendo cuatro años. Un año permanece entre los estudiantes de teología en Benediktbeuern como profesor de teología moral, desde donde es destinado a Marienhausen con el cargo de prefecto, cargo que le toca ejercer en años difíciles como fueron los años de Hitler. Desempeña su cometido con discreción y eficacia.

En 1927 ha de huir precipitadamente, perseguido por la Gestapo, pasando a Lemberg (Polonia) donde permanece dos años hasta que le toca salir de nuevo perseguido. Esta vez ha de marchar a Budapest, donde está un mes gozando de la cariñosa y atenta hospitalidad de Don Juan Antal, Inspector entonces.

Tras accidentado viaje, lleno de riesgos y dificultades, puede llegar a Turín y, tras unas breves semanas pasadas en la Crocetta, es destinado a España. Llega a Barcelona el 16 de febrero de 1940 y el 7 de marzo de 1940 hace su entrada en esta casa, de Valencia, donde permanecerá hasta su muerte, acaecida, al cumplirse justamente los 36 años de su llegada.

Llegó a Valencia en una época difícil cuando España con dificultades se levantaba de la profunda postración producida por la guerra civil del 36 al 39.

Se dedicó con ahinco e ilusión a estudiar nuestro idioma que pronto dominaría con precisión y soltura, permitiéndole entregarse de lleno a la docencia y a la predicación.

Sin renunciar al rico acervo cultural de la región donde creció y se formó y donde había trabajado con eficacia durante algunas décadas con cariño, fue conociendo y apreciando profundamente todo lo característico del País que ahora lo acogía. Se sintió pronto un español más. No es extraño que a la vuelta de algunos años adquiriera ilusionado la nacionalidad española.

Su campo de acción, dentro de la compleja obra que se viene realizando en esta Casa Salesiana, fue la sección de externos, frecuentada por chicos de ambiente popular de la zona periférica de Valencia, en que se halla situado el Colegio. Aquí con ilusión renovada y con sencillez desplegó sus grandes dotes de educador. El Padre Inspector, en la homilía pronunciada en el funeral decía:

todo coherente con la tradición Salesiana, manteniendo el espíritu de familia en sus relaciones con profesores y alumnos.

Con sólida formación teológica se mantuvo abierto a los nuevos enfoques y concepciones que surgieron como fruto del Concilio. Aceptó con amplitud de miras la reforma conciliar y en los encuentros sobre acción pastoral, su palabra era atinada, abierta, segura.

Hemos de poner fin a esta relación por no desbordar los límites propios de una comunicación de esta índole.

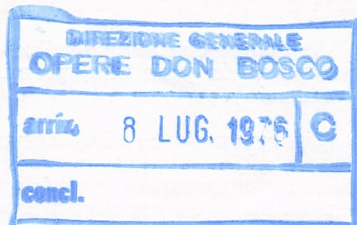
Al mismo tiempo que sentimos la marcha de Don Juan Cancio. al descanso eterno, bien merecido, sentimos la necesidad de dar gracias a Dios por el regalo que ha supuesto su vida para cuantos hemos vivido a su lado y de una forma u otra hemos podido lucrarnos de su acción. Sentimos también el estímulo por captar la saludable lección que nos ofrece: vivir en el amor, en el servicio a Dios y a los hermanos.

Que el Señor siga enviando a la Congregación miembros del temple de nuestro Don Juan.

Al mismo tiempo que os pedimos un recuerdo en vuestra oración por el hermano que ha descansado en el Señor, agradecemos las muestras de afecto y estima manifestadas en su fallecimiento.

Pidiéndoos igualmente una oración por esta comunidad parroquial de San Antonio Abad, queda a entera disposición, vuestro afectísimo en Don Bosco,

ANGEL DEL BARRIO.



Sacerdote Juan Cancio Korbas Janeczkwiaak nació el 15 de octubre de 1893. Hizo su primera profesión el 8 de septiembre de 1914 y la perpetua el 8 de septiembre de 1917, fue ordenado sacerdote en Roma en agosto de 1922. Pasó al Señor el 7 de marzo de 1976.